

tan altiva y tan soberbia; el poder bajo el dosel y el placer entre las flores, no son más que tiendas de campaña; el edificio está en otra parte. ¡Pasad más adelante; buscad más lejos los verdaderos bienes; la tienda de campaña sólo dura un día, mortales!»

* *

Oímos esta voz, que nos deja mucho tiempo pensativos, y creemos ver el cielo menos obscuro por momentos, como a través de la bruma se distinguen las playas y se ven llenas de vagas perspectivas.

* *

¿Qué creer? Muchas veces, quizás con ojo avizor, he abordado ese problema, en el que se pierde la sonda, esas vastas cuestiones cuyo aspecto cambia de perspectiva a cada instante; he removido la superficie y el fondo, me he sumergido en ese abismo y he llegado hasta su profundidad.

* *

Os aseguro, vientos de la mañana y de la tarde os aseguro, estrellas de la noche, que impulsado por austero pensamiento, muchas veces he intentado, muchas veces he ascendido solo, buscando en el espacio algo que me conteste, a esos altos sitios desde los que se ve la figura del mundo. Con frecuencia he creído sobre las altas

y desiertas cumbres, que mientras que los ríos, los campos, los bosques, las ciudades y las ruinas yacían detrás de mí, los montes humeaban como incensarios, y que en lontananza el Océano desparramando sus olas, mezclaba su murmullo salvaje con el murmullo inmenso de la naturaleza.

* *

Y yo preguntaba a las olas que rugían, a los torreones que se derrumbaban, a la noche llena de estrellas, a las flores, a los torrentes, a las pintadas frutas, a los montes, a los campos y a los bosques:—«¿Sabéis algo?...»

* *

Con frecuencia, en las horas en que la tarde y el viento hacen que el viajero camine pensativo, me he dicho a mí mismo:—La inmensa naturaleza, la creación que sirve a la criatura, lo sabe todo; todo estaría claro para el que pudiese comprenderlo. Como el mudo que sabe la palabra de un gran secreto, y pugna porque no puede revelarlo, parece que haya momentos en que la naturaleza quiera decir lo que sabe, pero Dios le ataja la palabra. En vano prestáis oído, que no comprendéis sus murmullos; porque ese cántico que se escapa de las campiñas fértiles, confundido con el rumor que sale de las ciudades,

os rugientes truenos, los vientos sordos o lastimeros, las olas del mar, que vienen, aullan y se van, todas esas voces no son más que un tartamudeo inmenso.

* *

Sólo el hombre puede hablar, pero el hombre no sabe lo que sucede en el mundo, y por inexplicable sentencia todo se lo oculta una nube, y el alma del que muere huye llevándose consigo la explicación del misterio. Por eso empezar sonriendo y concluir negando es lo más cómodo, es lo más fácil y es lo que hacen los hombres. Lo poco que creemos se armoniza con lo poco que somos.

* *

Ya que Dios así lo hizo, será esto lo más conveniente para nosotros; quizás mayor claridad nos cegaría: con frecuencia se rompe la rama que está demasiado cargada de frutos. ¿Qué sería de nosotros, si Dios, desde la altura de su eternidad, precipitase sobre la razón humana el torrente de la verdad? El vaso es demasiado pequeño para contenerla entera, y basta que cada alma recoja una gota, aunque esté mezclada con el error. Todos los hombres tienen en sí algo obscuro que rechaza la fe. Dios y la muerte son palabras sin fondo que ocultan un abismo. Del corazón más sublime

se apodera el terror cuando se atreve a surcar esos grandes mares que no pueden franquearse de un solo vuelo. Pocos pájaros atraviesan el Océano sin dar reposo a sus alas. No hay un solo creyente que no dude ni tiemble en ciertos momentos. ¿Qué alma no es débil y no se siente fatigada? Resignémonos y continuemos nuestro camino. Todo cuerpo arrastra su sombra y todo espíritu su duda

Septiembre de 1835.

XXIX

A EUGENIO, VIZCONDE H.

Ya que le plugo al Señor quebrantarte, ¡oh poeta!; ya que plugo al Señor comprimir tu cabeza con su mano omnipotente, convirtiéndola en una urna santa que contenga el éxtasis, encerrar en ella el genio y marcarla con un sello de bronce;

* *

Ya que el Señor te concedió, por insondable misterio, un pozo para que no bebas, una voz para que calles, y soplando en tu frente como barquilla errante y llena de agua, hizo rodar tu espíritu a través del Océano sin fondo de la locura;

* * *

Puesto que quiso que cayeses, y que sólo la muerte helada te hiciese revivir, abriendo tu pensamiento para otros horizontes; pues que Dios, al encerrarte en la jaula de carne, pobre águila, te concedió sus alas y no su vista, te dió el alma y te negó la razón;

* * *

Al menos partes llevando cándida vestidura, hermano mío, y regresas a Dios como cae el agua que se derrama por su peso natural; vuelves a Dios, candoroso y puro, como hacia El va la luz y como va el aroma que desde las flores asciende hacia el cielo.

* * *

No hablaste ni obraste mal; como muere una virgen, como vuela un ángel, así abandonaste el mundo; nada manchó tu mano ni tu corazón; apenas tuviste tiempo para pensar.

* * *

Así como el diamante, cuando el fuego lo abrasa, desaparece completamente y sin dejar ceniza, como un relámpago se disipa sin dejar sombrío rastro, sin dejar sombra en el mundo, así se desvaneció tu espíritu.

* * *

Carinoso compañero de mi pasada infancia, destinado de ante-

mano a un triste porvenir, dime si ahora que la muerte ha despertado tu alma, dime si ahora te acuerdas de aquellos tiempos.

* * *

Debes acordarte de nuestros tiernos años; cuando los destinos de los dos unían nuestras existencias; cuando Napoleón brillaba como un faro, y cuando nosotros, niños, oíamos el toque de su clarín victorioso, como una jauría oye el sonido de la bocina.

* * *

Te acordarás de las Fuldenses y de la grande calle de árboles, en la que nuestras voces infantiles y nuestros juegos despertaron en los rincones de sus muros, en las fuentes, en los nidos de los pájaros y en los huecos de las encinas tantos ecos deliciosos.

* * *

¡Tiempos felices! ¡Aurora pronto disipadal! ¿Por qué Dios pone lo mejor de la vida al principio de ella?... Cualquiera hubiera dicho que el antiguo monasterio, para presenciar nuestra alegría, abría misteriosamente sus adormecidos ojos. ¿Te acuerdas, hermano mío? Pasada la hora del estudio, ¡cómo corríamos por aquella soledad! Escondidos tras de los árboles, para cazar esos insectos saltarines, nos llegaba la hierba hasta las rodillas, porque la hierba era muy alta y nosotros muy bajitos.

* * *

Niños vivarachos, corríamos desenfrenados, persiguiendo en los aires a los alados insectos; por la noche estábamos rendidos, cansados de tanto jugar, y entrábamos alegres y bulliciosos donde estaban nuestras madres, que nos colmaban de caricias.

* * *

Después nos mecía el mismo sueño a los dos, acostados en la misma cama; luego despertábamos al mismo tiempo; y mojando en la leche acabada de ordeñar el mismo pan, causaba risa en la misma mesa nuestro extraordinario apetito, y volvíamos a nuestros juegos y a hacer ramilletes de flores.

* * *

Y ahora duermes en lo alto de la verde colina que, abierta a todos los vientos y entregada a todos los furiosos del invierno, no tiene más techumbre que el cielo, y ahora duermes convertido en cenizas en un lecho de arcilla, y yo permanezco entre los seres vivientes de la ciudad.

* * *

Yo me quedé en el mundo para seguir soportando las amarguras de la vida; para oír sonar mi nombre en los clarines de la celebridad, y ocultar, como en Esparta son-

riendo, cuando entra en ella la envidiosa felina que me roe el vientre y que abrigo bajo mi vestidura. Voy a continuar mi empedrada obra; voy a entregar mi barca frágil a las embravecidas olas; voy a luchar contra la suerte y a envidiar a los que duermen el sueño silencioso y eterno.

* * *

Me consagro a placeres austeros. Como el sacerdote se consagra a la Iglesia, yo me entrego al arte que entusiasma, al arte que civiliza, mejorando a los hombres, y que, como el sembrador que arroja a lo lejos los granos, sembrando la naturaleza en el alma humana, hará que en ella germine Dios.

* * *

Cuando el pueblo en el teatro escucha mis pensamientos esparcidos en los dramas que yo he compuesto, corro allí, e inclinado hacia el apiñado público, estudiándole de cerca sobre mi frondoso drama, cuyo ramaje se dobla, oigo caer sus lágrimas, como cae la lluvia en las hojas de los árboles del bosque.

* * *

¡Pero qué trabajo tan ingrato! Sobre todo cuando la envidia, con el corazón repleto de amargura, con la mirada vacía, convierte, en las viles necesidades de las

luchas vulgares, la boca sonriente de un amigo en una boca que muerde. ¡Qué vida y qué siglo! ¡Virtud, gloria, poder, genio y fe, todo aquello en lo que debíamos creer, lo que nos resta de los esplendores pasados, provocan la risa y se escarnece!

* *

¡Cuánta calumnia y cuánta bajeza! Cuántos libelos, que flagelan sin cesar todo lo puro, todo lo noble y todo lo digno; que hiriendo a la verdad con mercenaria lanza, pálida y crucificada, le ofrecen de beber en la esponja de hiell

* *

El hombre en pos del placer se lanza por cien senderos; sólo piensa en vivir alegre; su único ídolo es el dinero. Nuestras pasiones abren infames garras, y con ellas arrastran, como si fuese un harapo, lo que conservaban nuestras almas de sagrado y casto. ¿A qué conduce tanto odio, tomarse tanto trabajo y ocasionar tanto daño, cuando todos hemos de morir, cuando descenderemos donde todos descienden, cuando dentro de poco, sólo seremos una sombra, un puñado de polvo, sobre el que la hierba crecerá?...

* *

¿Para qué agotar la vida en vanas voluptuosidades? ¿Por qué

crearse fortunas infames con los infortunios ajenos? Todo cae en el suelo, y la fruta verde que pende de las ramas no se madura mañana para la boca hambrienta que hoy es devorada a su vez.

* *

Lo que creemos ser y lo que somos, belleza, riqueza, honores, todo cuanto sueñan los hombres y todo lo que hacen, confusamente a través de aclamaciones o de silbidos, se lo llevan rápidamente las nubes al abismo profundo del olvido.

* *

Causa eterna y lúgubre fatiga ver el pueblo alborotado rebasar sus diques en terribles momentos, cuando ese sombrío océano de los espíritus, cuyo fondo es insondable, forma alrededor de toda idea grande un tempestuoso murmullo... ¡Oh, nada de esto se oye en la alta colina, donde tú tranquilamente descansas!

* *

Allí puedes reposar; allí mueren los vanos clamores de los hombres. Todos los días, desde el Levante hasta el Poniente, paseando sobre tu fosa su ardiente antorcha, impasible el sol semejante a la esperanza, dora por ambos lados, sin ninguna preferencia, la cruz de tu sepulcro.

* *

Allí tú sólo oyes el rumor de la agitada hierba y de los sacudidos matorrales, los pasos del sepulturero, el tenue golpecito de frutas que caen al suelo desde los árboles y la canción que entona el boyero cuando desciende a la llanura, de regreso a su hogar.

Mayo de 1837.

XXX

A OLIMPO

Un día, el amigo que te resta después de tu desgracia, lamentaba tus infortunios, y mientras él te compadecía, tu sonrisa sublime contestaba a sus lágrimas:

I

«He aquí que te encuentras ya, tú, a quien admiró la multitud, desarraigado, marchito, caído sobre una pendiente, como un derribado cedro.

* *

«Ahí estás, caído a los pies de innumerables envidiosos y de transeuntes burlones, tú, cuya frente soberbia humillaba y obsurecía a las frentes inferiores.

* *

«Tu frondosa copa yace en el polvo, tus raíces están al descubierto, fuera de su sitio, y no debes esperar ya ni abrigo de la tierra ni compasión del cielo.

* *

«Ayer fueron objeto de veneración tus ojos y tu frente severa, ayer respetaron tu nombre, y hoy los malvados se conjuraron para exterminarte, arrastrados por la envidia.

* *

«Lanzando gritos de alegría se reunieron para gozar contando tus heridas y contando tus dolores, como se juntan los bandidos para contar el dinero sobre el piso de piedra de su antro.

* *

«Tu pura fama, digna de ser imitada, perdió ya su prestigio, babeada en todos los sentidos por los repugnantes reptiles que la ensucian.

* *

«Iluminada por la llama, a todas horas visible, de tu radiante nombre, tu vida, expuesta a las orillas del camino, es un blanco que se ofrece a todo el que pasa,